

Un descenso a la montaña

La carretera será un final terrible

ANDREA MEJÍA

Tusquets, Bogotá, 2020, 187 pp.

UN JOVEN delgado se ofrenda para alimentar a una familia de tigres hambrientos. El joven se quita la camisa y sonríe, “se lanza hacia los tigres, como un clavadista de natación, o un bailarín”. La mamá tigre pisa su cuerpo yacente, mientras uno de los cachorros devora su brazo y los otros dos su “torso ensangrentado”.

Y el rostro del joven permanece impenetrable.

Esta es una estampa de Ana, la narradora de *La carretera será un final terrible*, el debut novelístico de Andrea Mejía tras su primer libro de cuentos del año 2018, *La naturaleza seguía propagándose en la oscuridad*, también editado en la Colección Andanzas de Tusquets. Es una estampa budista “pegada en la pared junto al escritorio”, en el apartamento de Ana, donde el olor a cera del pasillo penetra por debajo de la puerta y la noche se traga y desvela, de a poco, no solo aquellos signos que palpitan a su alrededor, sino su vida interior y los objetos que la constelan. También es una especie de políptico en un párrafo cuyas palabras se fragmentan, se astillan en aquel silencio de Ana a lo largo de la novela, como un espejo que desciende lentamente en el mar y cuyo fondo refleja almagre, oro, quincalla y, sobre todo, oscuridad.

Una oscuridad pasible de luz y de belleza, sin prescindir, por supuesto, ni de fisuras ni de heridas.

Sus personajes, que no sabemos si convalecen o se desdibujan —quizá las dos cosas—, son satélites de la voz de Ana, la profesora protagonista que ya en la ciudad, tras bajar de la montaña, nos resume las razones de aquel paréntesis de su trabajo: “Te pido por favor que descanses, Ana —me había dicho la doctora—” (p. 152). Y nos lo dice con urgencia para franquear el abismo y buscar la luz en medio de su crisis, casi al final de la novela, impelida así a deshabetar su mirada, su memoria y, tal vez, su soledad.

Los dos primeros personajes que se perfilan en la voz de Ana son Abril, su

perra, y Gonzalo, su vecino, personajes cruciales que la acompañan en la montaña, y que son allí su bastión y apoyo, son el plinto físico de su retiro. Y desde aquella montaña, desde la cercanía de la voz y la lejanía del cuerpo, desfilarán otras presencias que estructuran su mundo y lo afectan en demasía, presencias cuya inquietud tiembla el arco de su aconsejado reposo: su hermana Julia, quien vive en Francia, y Luis, su pareja, quien está en Alemania con su amante croata. Con los dos habla a menudo Ana por teléfono, con los dos tiene asuntos por resolver. Con su hermana Julia tiene pendiente una delicada operación de ojos y su resultado es aún incierto, pues no sabemos si podrá ver o si se quedará ciega, y súmese esto al drama familiar íntimo y a las venturas y traumas de la infancia. Y con Luis la cuestión tampoco es simple: como dice una reina en un romance de Shakespeare, no sabemos si su relación durará poco más o poco menos “que el tiempo en que se mueve una paloma una vez que le han cortado la cabeza”; además, si bien los códigos entre Ana y Luis apenas se insinúan en la narración, sentimos la confianza y la añoranza de los dos. Por último, hay dos personajes claves: Raquel, la hija de Ana, una adolescente a punto de graduarse y distanciada de su madre, quien la echa de menos y busca la cercanía y el redescubrimiento en esa edad larvaria de su hija; y, por supuesto, no podemos olvidar a Paulo, un viejo amor de Ana, quien la interroga cual espectro de su memoria mediante detalles significativos y enigmáticos.

Estos son los hilos que vinculan a Ana con el mundo, los hilos cuya tensión la lleva acaso a buscar, a contemplar, a escribir en descenso. Con ellos penetramos su mente, los símbolos y espacios de sus párrafos, sus ágiles y reposados diálogos, chocando con sus bordes y grietas, o incluso chocando con el cielo y las estrellas en las charlas con Gonzalo de la primera parte, donde hablan sobre el *Timeo* de Platón y la astronomía.

Pero ahora intentemos decir algo sobre la estructura del libro, para eludir lo que le pasó a Tales de Mileto al caer en un pozo por mirar el movimiento de las estrellas, y observemos lo que tenemos justo delante y a nuestros pies.

La novela tiene tres partes, y el lector agradece el modo sencillo, en apariencia, en que está imbricada su estructura. La primera parte tiene ocho capítulos, la segunda tiene diez y la última uno. De esta forma, la primera parte transcurre en la montaña, la segunda en la ciudad y la tercera establece un hilo entre las dos, acaso una carretera, un descenso, una mirada frontal a los ojos del abismo... Y personajes como el de la vecina de su apartamento solo aparecen en la segunda parte, donde también se desarrollan los conflictos entre Ana y su hija Raquel.

También se podría afirmar que el tiempo de esta novela es más “clásico”, pues casi todo lo que se nos muestra acaece linealmente, con reminiscencias y flashbacks de Ana que nos remiten a distintos instantes de su vida, ya sea a su infancia o a cualquier otro momento fulgente en los entresijos de su memoria, mientras narra con la intención de buscar y atar los cabos sueltos. Y ese acontecer se transforma en un descenso a lugares innominados, lugares donde echamos de menos más contradicciones de Ana, más desnudez en sus limitaciones o, dicho sin ambages, más franqueza en su inmensidad moral.

Pero tal vez uno de los puntos fuertes de Mejía es la descripción de la atmósfera, de sus objetos y detalles, tornando visibles sus catástrofes invisibles. Como el zarpazo de un tigre, en el momento más contemplativo y sereno aparece una imagen audaz que abre y desplaza nuestra mirada. Y lo mejor es que tal efecto se logra a veces mediante detalles ingenuos a primera vista, por no decir anodinos, rompiendo aquella idea de Manganelli de que “lo cotidiano es el lugar que ignora tanto estilo como destino”. O mejor aún, el protagonismo en esta novela no pertenece únicamente a los objetos, pensamientos o personas que rodean a la protagonista, sino también a la naturaleza y sus efectos, a sus climas que, aunque bellos y extraños, también nos aplastan. Entonces habitamos un libro donde todo tiene un estilo, pero ignoramos su destino.

Sin embargo, no se confunda el lector: la prosa de Mejía es elíptica y delicada, aunque nada “artificial”, nada a ratos excesiva. Y si la muerte

NOVELA		RESEÑAS
<p>se nos muestra estulta, inocente y no sin acrimonia, esta persigue a su protagonista acusando nombres distintos con depurado estilo. Así, la foto de los padres abrazados en la nieve, cuya muerte sombrea toda la narración, está “junto a la estampita de los tigres hambrientos”. Esto es, la muerte de sus padres podría ser la máscara que devora el rostro del resto de crisis y conflictos. Y podría concebirse como una suerte de sacrificio. “No era la muerte la que interrumpía los lazos entre los vivos”, nos dice Ana en la página 120, al hablar de su hermana Julia. ¿A qué se refiere Ana? ¿Se refiere a la muerte de sus padres? ¿O al repliegue de su hermana Julia?</p> <p>Acaso se refiera a cómo nuestros muertos viven dentro y fuera de nosotros. A cómo abrimos los ojos para descender y observar, para volver horizontal la verticalidad del mundo y del inframundo, y a cómo buscamos los hilos que nos conectan con el universo entero.</p> <p>Ahora bien, algunos sabemos poco o nada de la relación de la autora con el budismo, pero ignoramos todo lo personal y biográfico a la hora de leer su novela. Mejor así. También sabemos que la autora se mueve en la filosofía, pero que es una insomne que no rehúsa ofrendarle su sueño al ídolo de la ficción o al de la imaginación. ¿Entonces dónde insertar la obra de Mejía en nuestra literatura colombiana? Eso lo dejamos a la crítica, a la academia.</p> <p>Por ahora nos quedamos pasivos y melancólicos al vivir en la piel de Ana, encarnamos dos de sus rasgos más hermosos, al otear desde esa montaña para luego descender. Y creeríamos conveniente que hubiera centros de recepción y atención para mujeres y hombres contemplativos, como soñaba John Aubrey, según nos cuenta Lytton Strachey en su breve biografía.</p> <p>Así nuestra carretera no sería un final terrible o sería un final menos terrible.</p> <p style="text-align: right;">Diego Castillo</p>		